

La solidaridad y los pobres

Introducción

Pedro Trigo en un interesante artículo titulado «Teología de la liberación y cultura» busca y destaca antecedentes culturales (literarios, poéticos, musicales, plásticos) en el continente latinoamericano intentando señalar con ellos el influjo recíproco creado entre cultura y fe. También subraya el problema establecido entre élites ilustradas y pueblo una vez producidos determinados lenguajes simbólicos.¹

En su lento pero seguro caminar la teología de la liberación (TL) a lo largo de sus veinte años de vida, si estimamos como origen la conferencia episcopal de Medellín en 1968, ha impregnado también —además de su influjo en la Iglesia— determinadas manifestaciones artístico-simbólicas del quehacer cultural de América Latina. Incluso se podría decir hoy que gran parte de expresiones artísticas que emergen de los débiles y oprimidos del continente pasan en cierto modo por una mediación cultural vinculante con la TL pues ésta, por sus características liberadoras, resulta idónea en un genuino arte popular. Sobre todo en un continente mayoritariamente cristiano.

Trigo sin embargo no menciona como referencia poético-cultural la figura de César Vallejo dentro de la poesía latinoamericana. Tampoco Trigo en esta búsqueda trata de ser exhaustivo. Creemos que no destaca su figura porque ello significaría remontarse muy atrás en busca de antecedentes poéticos de interés para su artículo, cosa que resultaría excesiva una vez ceñido su trabajo a los veinte años de vida de TL.

Gustavo Gutiérrez por su parte, peruano como Vallejo y «padre» de la TL, se refiere tangencialmente tres veces a Vallejo en su obra *Teología de la Liberación. Perspectivas*.² Las tres veces se menciona en contextos cristológicos del libro, donde Gutiérrez insiste en el sentido dialéctico/encarnatorio del amor de Jesucristo en los hombres, momento del encuentro de los pobres con Dios.

En la primera referencia a Vallejo, Gutiérrez recoge unos versos del poema «Los dados eternos» de *Los Heraldos Negros*, especialmente ilustrativos en el teólogo peruano para señalar esa (conflictiva) integración y ruptura entre naturaleza humana y divina. Para

¹ Pedro Trigo, «Teología de la liberación y cultura», Iglesia Viva (1985), 116-117, pp. 121-34.

² Gustavo Gutiérrez, Teología de la liberación. Perspectivas (12 ed.), Sígueme, Salamanca, 1985, pp. 260, 263, 271.

esto Gutiérrez recoge los siguientes versos: «Dios mío, si tú hubieras sido hombre, / hoy supieras ser Dios;». En la segunda referencia se hace mención a unos versos del poema «La de a mil», también de *Los Heraldos Negros*, señalando con ellos la presencia palpable de Dios en los hombres. En la tercera referencia insiste Gutiérrez en esos versos de «Los dados eternos».

Estas modestas señales de Vallejo en Gutiérrez quieren aquí abrir (y continuar) pistas sobre el sentido religioso que late en partes de la poesía del vate peruano. Sin embargo al hablar de sentido «religioso» no queremos, por ejemplo, detenernos en planteamientos teológico-filosóficos, quizás abstractos, sobre la noción «religión» en la poesía de Vallejo, ni en analizar el lenguaje religioso existente en su obra, como seguramente así lo hará María Ruszkowska de Babinski en su tesis *La dimensión religieuse dans l'oeuvre poétique de César A. Vallejo*.³ Pues con ello creemos que terminaría por perderse el horizonte hermenéutico relativo a la solidaridad y los pobres que queremos ver aquí.

Quizás, en rigor, en lugar de mencionar el «sentido religioso» que señalamos arriba, cabría hablar de «sentido humanista» pero no lo hacemos por dos motivos, adheridos entre sí, que permiten mantener «lo religioso»: 1) en la propia poesía de Vallejo estos aspectos (religiosidad-humanismo) permanecen entrelazados, y 2) en el fondo de todo humanismo late una determinada «fe» (y quizá —probable y evidente para muchos— en Vallejo ésta podría ser religiosa).

Dejando entonces de lado todo intento exegético (y apologético) por «cristianizar» a Vallejo y a su poesía, deseamos observar cómo en su producción poética se dejan sentir hoy dos aspectos muy concretos de interés epistemológico para la TL: su visión de la solidaridad humana y su óptica de los pobres.

No hay lugar para justificar en este momento por qué las nociones de «solidaridad» y «pobres» son de interés para la TL. Remitimos para ello a una bibliografía concreta.⁴ Sin embargo sí queremos anticipar aquí lo siguiente: el «principio de conocimiento» en la TL brota antes que nada de esa opresión humana, física, material —como ese dolor que desnuda la existencia de Vallejo en «Voy a hablar de la esperanza» en *Poemas en Prosa*—⁵ que interpela a la fe religiosa. En cuanto situación real previa a los dogmas, que sólo formulan cómo definir a Dios, la fe «afectada» de esta manera permite modular lenguaje y praxis de contenidos liberadores. Sobre todo a la luz de las palabras del Evangelio en Mateo 25, 31-40. Aquí es donde juegan un papel determinado la solidaridad y los pobres (y, en nuestro caso, la poética de Vallejo). La teología viene después, ha señalado Gutiérrez, es «acto segundo». Lo primero es el compromiso de justicia.

³ Decimos que sospechamos que «así lo hará» porque no hemos tenido acceso a este estudio. Sólo hemos leído una parte, cap. VI y Conclusiones en castellano, en María Ruszkowska de Babinski, «El aspecto religioso del comunismo vallejiano», *Revista de la Universidad Católica (Lima)*, 8 (1980), pp. 59-79.

⁴ Jon Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*, Sal Terrae, Santander, 1983; Julio Lois, *Teología de la liberación, opción por los pobres*, Iepala-Fundamentos, Madrid, 1986; «Congreso de Teología y Pobreza» en *Misión Abierta (Madrid)*, 4-5 (1981); Jon Sobrino, «Conlleaos mutuamente. Teología de la solidaridad cristiana», en *Selecciones de Teología*, 23 (1984), páginas 170-85.

⁵ Aunque evidentemente aquí Vallejo no formula una salida religiosa.

Para percibir estos dos aspectos básicos para la teología latinoamericana en cada uno de los libros de Vallejo seguimos el orden que nos ofrece su obra poética completa *Los Heraldos Negros*, *Trilce*, *Poemas en Prosa*, *Poemas Humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*.⁶

Tocamos única y exclusivamente el contenido de su obra poética. Nada sobre su itinerario biográfico que incide sobre su poesía (cierto cristianismo latente en su vida; conocimiento, apertura y «conversión» al marxismo; cierta postura agnóstico-materialista, etc.) ni menciones a sus novelas, trabajos y artículos que, como fuentes documentales, podrían arrojar más luz sobre el enunciado señalado: la solidaridad y los pobres.

1. *Los Heraldos Negros*

A) La solidaridad humana: No son muchos los poemas en *LHN* de los que puede desprenderse con cierto interés la cuestión relativa a la solidaridad humana. Sin embargo, cuando ocurre, ésta es poetizada como respuesta al dolor y al sufrimiento que imperan en el mundo donde también Dios es impotente. Incluso la propia persona Dios es frágil y débil en el poema «Dios».

Los poemas *Los Heraldos Negros*, «Los dados eternos» y «Espergesia» reflejan un pesimismo ante la condición humana que observa y sufre Vallejo. El poema «Los Heraldos Negros» es casi un perfil antropológico a partir de «los golpes en la vida» que recibe el hombre.

Esta impotencia de Dios para reparar lo malo en el mundo (hambres, enfermedades, muertes, injusticias) induce en cierto modo a Vallejo a buscar y fomentar la solidaridad y con ella ver si es posible «cubrir» las carencias afectivas, físicas y espirituales que sufre el hombre. Lo que ocurre es que esta cobertura producida gracias a la solidaridad —que no siempre es vivida ni practicada en la vida, según leemos versos de «La cena miserable»— cuesta percibirla centrada como fruto de un esfuerzo profano. Pues como podemos observar luego en *Poemas Humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, esta mera voluntad solidaria no es del todo suficiente, ni garante, para constatar la real solidaridad y reconocer siempre como tal la relación fraternal entre los hombres. El amor, es decir algo que no se logra por eficacia ni por voluntad, juega un papel destacado para comprender esa plenitud de la solidaridad en la vida, como se destaca en el poema «Masa» del libro *España, aparta de mí este cáliz*. Parece existir en Vallejo la necesidad de una integración de todo con todos para vivir plenamente la satisfacción y la liberación de los hombres, algo en cierto modo sugerido en el clamor al Señor en «Absoluta» en *Los Heraldos Negros*.

El hondo carácter esperanzador que despierta el encuentro definitivo de los hombres entre sí, a pesar de obstáculos terrenales y tangibles, alcanza gran importancia utópica en «La cena miserable». Es un «desideratum» propio de la antropología de Ernst Bloch: «Y cuándo nos veremos con los demás, al borde / de una mañana eterna, desayunados todos». El anhelo del poeta por ese momento escatológico produce un deseo que permite escribir los siguientes versos en el poema «Enereida»:

⁶ César Vallejo, *Obra Poética completa, introducción de Américo Ferrari, Alianza Editorial, 1986.*

Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
 coral, oracional;
 se corona el tiempo de palomas,
 y el futuro se puebla
 de caravanas de inmortales rosas.
 Padre, aún sigue todo despertando;
 es enero que canta, es tu amor
 que resonando va en la Eternidad.
 Aún reirás de tus pequeñuelos,
 y habrá bulla triunfal en los Vacíos.

Para más de un autor es la «visión» de la vida del padre de Vallejo en el «más allá».⁷ Y en cierto modo aquí se hace metáfora lo que Gustavo Gutiérrez estima como liberación definitiva: comunión solidaria de los hombres entre sí, y de los hombres con Dios.

B) Los pobres: En el libro *LHN* el poema «El pan nuestro» es el que perfila con mayor claridad acentos relativos a los pobres. Incluso se aboceta cierta anexión entre «solidaridad» y «pobres». Escribe Vallejo:

Se quisiera tocar todas las puertas,
 y preguntar por no sé quién; y luego
 ver a los pobres, y, llorando quedos,
 dar pedacitos de pan fresco a todos.

 quisiera yo tocar todas las puertas,
 y suplicar a no sé quién, perdón,
 y hacerles pedacitos de pan fresco
 aquí, en el horno de mi corazón..!

El autor reitera en estos versos la orfandad de la condición humana pero ello no impide que sea interpelado por el hambre de los pobres que es indispensable satisfacer por el alimento... pero también por la justicia. En «La cena miserable» nuevamente está presente el tema del hambre referido a los pobres, concretados como tales porque son aquellos que siempre están esperando: «Hasta cuándo estaremos esperando lo que / no se nos debe...».

De este modo parece que la noción «pobre» adquiere en éstos y otros versos de Vallejo un eco particular: siente el poeta que son los oprimidos. Los que en principio él pudo observar en su tierra natal peruana, extendiendo luego esta mirada a todos los del planeta. En este sentido son acertadas las palabras de Carlos L. Altamirano:

El amor y el interés de Vallejo por los asuntos peruanos y sus gentes, sinceros sin duda alguna, tienen una explicación más vasta, más fecunda y más noble que la simple simpatía localista: la natural y creciente solidaridad del poeta con los oprimidos. Los indios o cholos peruanos, cargados de pena, víctimas de la injusticia social, están a la vista, se encuentran a la mano: constituyen pues el primer cuadro doloroso que presencian sus compasivos ojos.⁸

El «amor» de Vallejo por «los desdichados de la tierra» y su «solidaridad con su dolor», como añade Altamirano pensando en *Poemas Humanos*,⁹ no son sentimientos en

⁷ José María de Romaña, «César Vallejo y lo Absoluto», *Estudios Americanos*, 20 (1953), p. 517.

⁸ Carlos Luis Altamirano, César Vallejo, *Dpto. de Publicidad, San José, Costa Rica, 1975*, pp. 54-55.

⁹ Carlos Luis Altamirano, op. cit., pp. 97-98.

LHN limitados a un gesto de simple consuelo. En «La cena miserable» y «El pan nuestro» es evocado cierto clima de protesta que demanda liberación por la injusticia (humana) que oprime al pobre, sin descuidar Vallejo el notable papel que puede jugar, dentro de este mismo clima, la compasión y desde luego la propia poesía. Y al hablar de compasión no vemos excluida una crítica a la injusticia en esos versos. Al contrario. Sobre la compasión nos dice el biblista mexicano José P. Miranda las siguientes palabras, con cierto alcance en este caso al sentido de los versos de *LHN*. Dice Miranda:

No veo cómo pueda haber un auténtico compadecerse del oprimido sin que al mismo tiempo surja indignación contra el opresor; ni veo que el sentido genuino de justicia pueda describirse con mayor profundidad que mediante la expresión com-pasión con el necesitado.¹⁰

Así la com-pasión alcanza un carácter muy diferente al sentido pneumatológico (espiritual) formulado por José María de Romaña, intentando en modo excesivo hacer religiosa partes de la obra poética de Vallejo. Quizá influido de Romaña por su propio antimarxismo reflejado en el artículo.¹¹

Los pobres están presentes en *LHN*: la solidaridad se sugiere como algo notable que emergerá con fuerza en *Poemas Humanos*.

2. *Trilce*

El hermetismo de *Trilce* impide detectar con precisión el carácter de la solidaridad y de los pobres formulado por Vallejo en este libro poético. Sobre todo cuando hay «una voluntad de ocultación» en la obra como si el «poeta hubiera hecho todo lo posible para no facilitarle la lectura al lector». ¹² Aún más: la crítica estima que lo que es descrito en *Trilce* es amenazante y opresivo, donde muchas veces todo parece difuminarse. Américo Ferrari señala que el mundo de *Trilce* es un mundo «donde todo impulso de liberación se frustra entre las cuatro paredes de la celda, en las prisiones del recuerdo obsesivo, en los laberintos de la sensación, en la pura inmediatez de la existencia donde la realidad es fragmentada, absurda, ininteligible». ¹³ En un sentido similar añade Luis Monguió: «*Trilce* es lógicamente un libro que se agota a sí mismo y que agota a su autor: es un libro de apertura y de clausura». ¹⁴ Sin embargo este mismo autor estima que todo lo que sale de *Trilce* es «profundamente humano» en la medida que «la poesía de *Trilce* arranca siempre de una experiencia de Vallejo». ¹⁵

La angustia, el desasosiego, lo provisorio, la muerte, lo precario son instancias poético-filosóficas que empapan muchos versos de *Trilce*, haciendo posible de un modo muy particular la noción y la vivencia de la solidaridad humana. Y se hace posible porque en *Trilce* está presente el dolor del hombre el cual en cierto modo quiere ser «reparado»

¹⁰ José P. Miranda, *Marx y la Biblia. Crítica a la filosofía de la opresión*, Salamanca, 1975, p. 71.

¹¹ Cfr. José María de Romaña, art. cit.

¹² César Vallejo, *Obra Poética completa, introducción de Américo Ferrari*, p. 24.

¹³ *Ibid.*, p. 33.

¹⁴ Luis Monguió, César Vallejo (1892-1938), *Hispanic Institute, New York*, 1952, p. 67.

¹⁵ Luis Monguió, *op. cit.*, p. 58.

por el amor solidario entre las personas a través del especial papel que juega aquí el lenguaje de César Vallejo. Pero si *Trilce* es el símbolo de la protesta de Vallejo contra «el mundo que lo ha hecho sufrir» según anota Monguió, con dificultad la solidaridad de Vallejo en *Trilce* puede extenderse más allá del yo herido del poeta. Ese yo queda circunscrito a una posición personal con escaso eco público (político).

Sin embargo por muy confuso que resulte *Trilce* no podemos dejar de observar, como Ferrari, que aquí Vallejo aborda, con lenguajes y símbolos recurrentes «el tema del hambre y del pan». ¹⁶ Y también el tema de la madre que emerge como la figura que restaura y da la vida a todo lo que el poeta anhela (hogar, ternura, comida, cariño, justicia). En este sentido Guillermo Sucre estima que la transparencia y la comunión con el mundo en este libro «cerrado y oscuro» surgen cuando *Trilce* toca los destacadísimos temas del hogar, la infancia y la madre. ¹⁷

El reverso de todo lo absurdo descrito en *Trilce* puede ser el hogar; la antítesis del caos, la madre. Así el vínculo hogar-madre —en cuanto lazo de unión espiritual, anímico, onírico incluso, profundamente sólido que da unidad y coherencia a la propia biografía— es el paradigma poético que facilita en *Trilce* perfilar el contenido de la solidaridad. Pero esbozada en lenguaje abstracto, difusamente señalada, con fragmentos y recuerdos de la vida.

Por otra parte aquí en *Trilce* todos somos «pobres» en la medida que no tenemos «hogar», una vez abandonados en el mundo por la «madre», lugar donde es cobrado el valor del «pan». Es decir, en cierto modo un lamento por la muerte de la infancia. Dice Vallejo en el poema XXIII:

Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tú verías,
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie: cuando tú nos lo diste,
¿dí, mamá?

Sin la madre, todo cruje y pierde sentido. Sin ella no puede ser saciada el hambre. De esta forma en la madre se reúnen características emblemáticas muy importantes. Recordando su infancia, el poeta mira su pasado, y en ella observa que su madre reza «por los pobres» (LVIII). La pobreza adquiere así ecos cristianos en la oración de su madre. Y de estos pobres Vallejo toca en *Trilce* sus aspectos particularmente tangibles: se ora por los «caminantes, / encarcelados, / enfermos / y pobres».

3. *Poemas en Prosa*

El entusiasmo y la felicidad por vivir, cuya alegría «dionisiaca» es expresada en el poema «Hallazgo de la vida», son experiencias que quedan fuertemente contrastadas con el dolor, la amargura y el pesimismo espiritual que brotan de «Las ventanas se han estremecido...» y «Voy a hablar de la esperanza». Aquí el dolor aturde la conciencia del poeta, transformado en un sujeto sufriente.

¹⁶ Op. cit., p. 29.

¹⁷ Guillermo Sucre, «Vallejo, la nostalgia de la inocencia», Sur, 312 (1968), p. 7.

En este sentido la búsqueda de la solidaridad en *Poemas en Prosa* exige en primer lugar reconocer la «espesura» que adquiere el sufrimiento, silencioso y oscuro, que se impone en la vida del hombre. Pero sin que ello impida constatar que en realidad la vida no se pierde, ni se acaba, con la existencia del dolor: «¡Alejarse! ¡Quedarse! ¡Volver! ¡Partir! Toda la mecánica social cabe en estas palabras» exclama Vallejo en «Algo te identifica...». Y aunque la pobreza puede ser vista como dolor a raíz de lo absurdo que resulta lo finito en *PP*, ésta (la pobreza) en cierto modo logra liberarse, quedando sometida a un proceso, con este mismo criterio de Vallejo relativo a la «mecánica social».

Así entonces, por ejemplo, el cariño que brinda la madre despierta un sentido solidario en «El buen sentido» y «Lánguidamente su licor», y la pobreza de la vida se hace presente con el cuerpo enfermo que mutila la existencia en «Las ventanas se han estremecido...». Aquí observa impotente Vallejo cómo incluso el amor, los besos de una mujer, son inútiles para salvar a un paciente. En cierto modo se presupone que el cariño y la ternura son fuerzas necesarias para recuperar a un enfermo. Pero todo es estéril y desesperanzador al clamar el poeta: «¡No es grato morir Señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada es posible!».

Frente a todo ello la solidaridad humana, social o política pierde relieve y la existencia reducida a la muerte transforma en un espejismo las ansias de vivir. En la muerte se encuentra entonces la máxima miseria, induciéndonos al nihilismo. Pues también la última «reserva» para escapar de ella, quizá sólo momentáneamente, el tiempo y la propia temporalidad, se encierran para Vallejo entre la muerte... y la muerte («Me estoy riendo»). Criterio este diverso a los planteamientos que surgen de *Poemas Humanos*.

4. *Poemas Humanos*

A) La solidaridad humana: Es algo reconocido por críticos de Vallejo que el centro neurálgico de *PH* descansa en el tema del compromiso en el dolor de los hombres. Identificado «plenamente con el dolor universal»,¹⁸ Vallejo con *PH* descubre «en el sufrimiento un raptó de verdadera solidaridad humana» según Sucre,¹⁹ viviendo, en su comportamiento vital y manifestación poética «una verdadera adhesión a la causa de la vida», en palabras de Altamirano. Sin embargo este enfoque proclamado por estos y otros críticos que ilustran el contenido general de *PH* queremos perfilarlo en relación con la solidaridad, desprendida de distintos poemas.

En «Los mineros salieron de la mina...» se puede oír un canto al esfuerzo, al sufrimiento y al sacrificio de los mineros por la dureza del trabajo. Entre sí ellos conservan una peculiar unidad por sus «voces», sus «linternas», sus «cubos» y «rombos», trabajadores a los cuales Vallejo denomina «creadores de la profundidad». Es en cierto modo un reconocimiento a la oscura labor del minero, evocando el poema incluso cierto tono épico. El sentimiento de solidaridad de los obreros brota al hilo de los versos de Vallejo.

¹⁸ Carlos Luis Altamirano, op. cit., p. 75.

¹⁹ Guillermo Sucre, art. cit., p. 12.

En «Otro poco de calma, camaradas...» se demuestra comprensivo y solidario el poeta con un interlocutor al que está dispuesto a apoyarlo, incluso afirma que está «siempre» a sus «órdenes».

En el poema «Me viene, hay días, una gana ubérrima, política...» se expande un profundo sentimiento de amor por todo el mundo, brotando en Vallejo un deseo de ayuda, colaboración y solidaridad con todos, también ayudándole «a matar al matador». La solidaridad cumple aquí un papel diferente en cada caso, colaborando con el zurdo, el sordo, con los enfermos, intentando así reparar un conjunto de deficiencias propias de los humanos para tratar de ser felices. El poeta se ofrece como portador solidario en este proceso de humanización pública, social, política según enuncia el poema.

Esta función mediadora vuelve en cierto modo a cumplirse en el siguiente poema «Considerando en frío, imparcialmente...» donde Vallejo, después de constatar características del hombre y de su vida cotidiana, le da «un abrazo, emocionado» al comprender con ternura las debilidades, alegrías y fracasos del ser humano que prueba «que nació muy pequeñito».

Destacados son los sentimientos de protesta y solidaridad en el poema «Parado en una piedra...» con el verso «el pan que se equivoca de saliva» referido al alimento injusto de los «patrones». Aunque de estos versos emerge un paradigma poético relativo al cesante que sufre una situación dolorosa, no se pierde de vista que son «treinta millones de parados» los que malviven así. En este sentido hay identificación mutua y solidaridad entre los pobres, afectados por aquello que provoca el hambre y la cesantía. Ilustrativo en esta miseria es el «piojo padre», y significativo para representar la solidaridad es el trabajo del obrero.

Puede observarse así, en general, que la idea de la solidaridad se formula poéticamente respondiendo al dolor y a las fragilidades de los hombres frente a situaciones humanas concretas. Según Noel Salomon, en textos de *PH* el «sentimiento de comunión humana y de solidaridad universal» surge en Vallejo como una forma de «evacuar» el sufrimiento y la «angustia» del poeta.²⁰

El conocimiento poético que adquiere Vallejo aquí de los hombres nace a medida que permanece en ellos la solidaridad, y ésta parece que en cierto modo se establece con mayor coherencia cuando estos hombres son pobres. El sentimiento solidario «por todo el mundo» no conduce a Vallejo a olvidar quiénes son los marginados pues sin apelar a la solidaridad en *PH* la propia vida es la que acaba inconclusa, indefinible y sin consistencia. Incluso parece que el amor y la muerte pasan a ser instancias vitales sin gran valor si no se integra en ellas la propia solidaridad.

Si bien es cierto, como afirma Altamirano, que Vallejo siente desde *LHN* que «los actos lo hacen responsable de la vida de los otros individuos»,²¹ con mayor razón los actos de solidaridad. Entre todos los actos con repercusiones éticas que podemos expresar en la vida no podemos dejar de ver que la solidaridad es la que más influye en el mundo social que conocemos. Y este perfil presente en *PH* quiere plasmarlo Vallejo

²⁰ Noel Salomon, «Algunos aspectos de lo "humano" en Poemas Humanos», en César Vallejo, edición de Julio Ortega, Taurus, Madrid, 1981, p. 315.

²¹ Carlos Luis Altamirano, op. cit., p. 60.

una vez observando la vida de los mineros, de la gente sencilla, de a pie, sintiendo a la vez cómo es transformado su yo por la solidaridad que emerge en él a raíz del sufrimiento de los demás. Son ilustrativas las siguientes palabras:

El poeta sabe que está ineluctablemente ligado a todo hombre y que cualquier hombre es la viviente expresión de lo que él es. Su destino y el de la humanidad, en cuanto a necesidades de vida y conciencia, son inseparables. Para él, mientras los demás sufran, ningún verdadero hombre estará libre del sufrimiento.²²

B) Los pobres: Si bien es cierto que el propio Vallejo se reconoce como pobre en *LHN* («El pan nuestro»), la descripción de la pobreza material resulta llamativa en *PH*. En primer lugar el poeta expresa que no tiene nada. En realidad lo que sí posee es «hambre» dice en «La rueda del hambriento...». Esta carencia básica del sujeto es extendida por Vallejo ampliamente con una mirada social, apelando al «execrable sistema» al acusarlo «de la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre» («Por último, sin ese buen aroma sucesivo...»). Sin embargo Vallejo no se detiene aquí.

En el poema «Traspié entre dos estrellas» hay una singular letanía («Bienaventuranzas vallejianas», según María Ruszkowska) sobre la pobreza, adquiriendo resonancias bíblico-cristianas la preocupación del poeta por «gentes tan desgraciadas, que ni siquiera / tienen cuerpo». También es interpelado aquí por aquél «que lleva zapato roto bajo la lluvia», así como por aquél que «suda de pena o de vergüenza». A este conjunto de características interiores y exteriores del pobre se suma «la cólera del pobre» en «La cólera que quiebra al hombre en niños», pero donde adquieren gran densidad los perfiles del hombre pobre es cuando en el poema «Un hombre pasa con un pan al hombro...» evoca y sugiere que la cultura ilustrada, la información académica e incluso la propia poesía no son nada frente a las urgencias materiales provocadas por la miseria.

Es necesario previamente dar de comer al hambriento y limpiar la suciedad del cuerpo para hablar luego del «psicoanálisis» dice en este poema. Frente al «yo profundo» y ensayos sobre «el infinito», es necesario primero sanar al enfermo y alimentarlo sin buscar «en el fango huesos, cáscaras». La muerte de un «albañil» en su trabajo, el robo del «comerciante», el engaño del «banquero» son hechos que impiden hablar fácilmente de «la metáfora», de «la cuarta dimensión», de la riqueza artística del «teatro». Los parias que duermen de pie y aquél que cuenta con «sus dedos» impiden igualmente hablar de la importancia de «Picasso» y de la metafísica del «no-yo». El arte y la cultura son nada frente al dolor de los pobres.

Se establece de este modo una relación asimétrica en el poema entre la presunta riqueza que significa cultivar la erudición frente a la humanidad mutilada que observa Vallejo, percibiendo de un modo nítido las carencias que tienen los pobres en situaciones vitales. Con cierto espíritu irónico pasa revista el poema a «preocupaciones» culturales propias del «psicoanálisis», «André Breton», el «infinito», la «cuarta dimensión», el «más allá», junto al dolor y la pobreza humana. Toda esa riqueza intelectual queda seriamente contrastada con la humanidad lesionada que señala Vallejo en concretos versos. Sin duda destaca él su preocupación por este injusto daño. Incluso parece que ese conocimiento intelectual reposa en ese dolor cotidiano, silencioso y permanente que invade

²² *Ibíd.*, p. 75.

al mundo del pobre. La indiferencia y falta de compromiso propios de la razón ilustrada por la verdadera causa del hombre, que es liberarlo de miserias tangibles y espirituales, es seriamente advertida en este notable poema. En cierto modo concretando un criterio para discernir a los pobres en *PH*, Salomon señala:

El amor a los demás expresado en *Poemas Humanos* se dirige a todos los hombres, pero salta a los ojos que las víctimas de la injusticia, en lo que es para el Vallejo de aquella época «el Occidente capitalista» reciben la parte más sustanciosa de ese amor. Parece también que esas víctimas sociales a las que Vallejo dirige de preferencia su amor son también para él una fuerza histórica en desarrollo y por esto la considera portadora del futuro humano.²³

La pobreza y la solidaridad son elementos recurrentes en *PH* que se integran entre sí a lo largo de diferentes partes del libro. Cuando ellos son formulados no deja Vallejo de respirar cierto clima de ternura y amor por el hombre, sin que esto suponga desconocer las causas materiales, prácticas, concretas de esa pobreza. El así lo reconoce: «execrable sistema». Incluso hay crítica al opulento con cierto tono bíblico propio de la literatura sapiencial. Dice en «Ande desnudo, en pelo, el millonario...»: «¡Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de muerte!»

Tampoco intenta espiritualizar al pobre gracias a una idealización de la pobreza, transformándolo en un «pobre de espíritu»; cosa que en cierto modo podría haber sido posible en «Los nueve monstruos» y en «La rueda del hambriento...» cuando señala con tanta intensidad el dolor que oprime al mundo. Frente a todo ello el paso que da Vallejo es mirar/enfrentar el sufrimiento y la miseria y quizá busca con ello en sus propios versos un sentido al dolor, superando de esta forma el dolor como puro absurdo nihilista. La teóloga alemana Dorotee Sölle estima que frente a los distintos criterios sobre la Cruz en el mundo actual uno de ellos es coherente porque es liberador: compartir con los oprimidos el sufrimiento adquiriendo así un sentido concreto el dolor gracias a una lucha contra la iniquidad.²⁴ En esa solidaridad fomentada por el amor, por el compromiso hay ya una manera de entender el sufrimiento. El teólogo brasileño Leonardo Boff y la TL, insistiendo en esa interpelación que produce el dolor, añaden:

Sólo en la solidaridad con los crucificados
se puede luchar contra la cruz.²⁵

5. *España, aparta de mí este cáliz*

En *EAC* Vallejo está profundamente interpelado por un sentimiento solidario por la República española. Es ocioso subrayar este motivo en este libro, reconocido siempre por críticos, así como insistir en la honda solidaridad de carácter social, ideológico o político derivada de aquí.

Sin embargo es obvio que no todo en *EAC* responde a criterios profanos y seculares. Por ejemplo Hans Magnus Enzensberger estima que:

²³ Noel Salomon, art. cit., p. 317.

²⁴ Dorotee Sölle, *Sufrimiento, Sígueme, Salamanca, 1976.*

²⁵ Leonardo Boff, *Pasión de Cristo. Pasión del Mundo, Sal Terrae, Santander, 1980, p. 246.*

La España que se refleja en esta poesía no es una pieza en el tablero de ajedrez de la política internacional, sino un nuevo Israel. Los poemas no son la expresión de una confrontación ideológica, sino de un martirio: del cautiverio babilónico de España y su lejana salvación. La fuerza inspiradora de estos poemas no es una idea, sino una experiencia: la experiencia del dolor.²⁶

En este sentido es interesante destacar esa singular solidaridad expresada en el poema «Masa» donde brotan evidentes señales religiosas por la fuerza que ahí tiene el amor para revivir a un combatiente muerto.

El lenguaje poético de Vallejo a lo largo de esta obra, una vez preocupado de la solidaridad, de la muerte, del sufrimiento y de la esperanza, alcanza en «Masa» un contenido especialmente liberador pues la fe en el Hombre, permanentemente proclamada en versos a pesar del dolor que lo invade todo, logra honda densidad cuando esa solidaridad quiere incluso rescatar al hombre de la muerte: «¡Sólo la muerte morirá!», proclama en «Himno a los voluntarios de la República».

El valor de la Vida es único e intransferible en el poema «Masa» y para liberarla de la muerte formula Vallejo la necesidad de apoyo de todos los seres humanos para «resucitarlo». Sin embargo, más que una solidaridad cuantitativa y numérica, de carácter grupal, por la reunión mundial de hombres que rodean al cadáver, lo que se expresa ahí es la fuerza propia de los deseos que produce un anhelo humanitario en todos los hombres por la muerte de uno de ellos. Pues con esta muerte también desaparece dentro de lo humano el Amor. Es decir, el combatiente logra revivir no porque todos los demás en el mundo así lo piden de un modo meramente voluntarístico para seguir siendo más poderosos en un bando militar concreto. Más bien «resucita» porque todos en el mundo están reunidos, bajo el consenso del amor y la paz, afectados por la amenaza de la desaparición de una Vida que es propia del Amor en un mundo solidario.

El lamento de los «quinientos mil» hombres que claman su impotencia por la muerte a pesar del inmenso amor existente, facilita percibir cómo hay en el poema una transformación cualitativa de la solidaridad en amor. Sobre todo cuando el cadáver sigue muriendo a pesar de los millones de individuos que aman esa vida, aunque finalmente la unidad («la unidad, / sencilla, justa, colectiva, eterna» dice en «Batallas») establecida en los hombres permite vencer a la muerte, según expresión paulina.

Lejos estamos en este poema (no así en otros) de respuestas religiosas o materialistas ante la muerte, como las de Bloch, donde en cierto modo es hipotecada la muerte individual por una escatología colectiva utópica («Novum ultimum»), pletórica de felicidad para todos gracias a la «pulsión» que provoca la Esperanza en la historia. El sentido solidario del «héroe rojo» blochiano enfrenta la muerte que todo lo devora pues este yo será transferido («disuelto») al «Hombre escondido» que emerge de «una humanidad nueva, y que rellena la nada letal con la anticipada plenitud de los contenidos de liberación».²⁷ La muerte personal gana sentido y se explica cuando la memoria colectiva del pueblo, la fe, la iglesia o la militancia ideológica conservan la figura y los ideales

²⁶ Hans Magnus Enzensberger, «Vallejo: víctima de sus presentimientos», en César Vallejo, Edición de Julio Ortega, p. 73.

²⁷ Juan Luis Ruiz de la Peña, Muerte y marxismo humanista. Aproximación teológica, *Sígueme, Salamanca*, 1978, p. 58; también véase Ernst Bloch, *El Principio Esperanza*, tomo III, Aguilar, Madrid, 1977: «desaparición de la nada letal en la conciencia socialista», pp. 275-280.

del mártir, del mesías, del héroe. Proceso éste que explicaría —a la manera de Bloch— la «resurrección» producida en «Masa», según observan Salomon, Monguió y Paoli.²⁸

Pero en «Masa» esta esperanza no basta. La Vida es tan inmensamente rica que la humanidad existente clama por conservarla siempre a través de la solidaridad, recuperada y mantenida «aquí y ahora» por la unidad, la paz y el amor entre los hombres.²⁹ ¿Pueden ser estos valores frutos estrictos del propio esfuerzo humano, es decir históricos? ¿O vienen en último término donados gratuitamente por Dios? Evidentemente nada de esto dice el poema pero creemos que sí se esboza ahí una antropología anclada vitalmente en el Amor. Las ansias, las «hambres» diría Vallejo, de todos los hombres de la tierra por revivir esta vida muerta, cosa finalmente obtenida, son ilustrativas en el poema. En cierto modo nos instalan en el mundo de la religión pues el «Lázaro resucitado» logra re-vivir cuando ya no existe, en los versos de «Masa», otro interés en los hombres que la fe en la Vida, planteada esta Vida de un modo singular (más allá desde luego en cuanto puro psicosomatismo).

Esta correlación de la fe (de la creencia y de la convicción fundamental) en «Masa» entre el creyente y lo creído (todos los hombres de la tierra // las ansias por recuperar la vida) alcanza coherencia gracias a la «resurrección del cadáver» (¿de la carne?) provocada por puro amor, suceso indispensable que ocurre para constatar en el poema el sentido definitivo de la solidaridad. Agotada sin duda ésta como natural respuesta a las ansias biológico-vitales existentes en el mundo.³⁰

En este sentido resulta llamativo que Noel Salomon, después de refutar ciertas parcialidades de críticos que ven excesivos influjos cristianos en Vallejo, concluya afirmando en un interesante artículo que lo definitivo en «la *unidad* de Vallejo más allá de las referencias al cristianismo, o al marxismo, son sin duda la permanencia de su amor a los otros».³¹ Precisamente lo que no es definido en este trabajo de Salomon es si este amor en Vallejo está perfilado gracias al predominio de una antropología materialista o, por el contrario, por una antropología religiosa (cristiana) aunque sí habla este autor de una convergencia entre humanismo marxista y cristiano en el poeta pero... en qué consiste ese amor (más allá del cristianismo y el marxismo) no lo sabemos. Después de observaciones a críticos que intentan hacer de Vallejo un «místico cristiano» examinando Salomon el carácter del dolor, del sufrimiento, de la esperanza y de la muerte en determinados poemas del poeta peruano —instancias humanas que duda Salomon en comprenderlas con ópticas trascendentemente cristianas— es curioso el silencio de este

²⁸ Noel Salomon, art. cit., p. 330; artículos de Roberto Paoli («España, aparta de mí este cáliz»), p. 369; y Luis Monguió («La muerte y la esperanza en la poesía última de Vallejo»), p. 375, en César Vallejo. Edición de Julio Ortega.

²⁹ Sin embargo esta cuestión no excluye la sugerente pregunta formulada por A. Ferrari. Presupuesta la asunción del marxismo por Vallejo y concebido pesimistamente el tiempo en su poesía este autor pregunta «¿cómo una poesía que ve el tiempo como la fuente de la desdicha humana logrará conciliarse sin reservas y sin negarse a sí misma con una filosofía que ve el devenir temporal como la única posibilidad de que el hombre conquiste la dicha?». A. Ferrari, «Poesía, Teoría, Ideología», p. 395, en César Vallejo, Edición de Julio Ortega.

³⁰ Un enfoque de la religión en estos términos, en Carlos Comas, Mito y Fe Cristiana, Instituto Científico Interdisciplinar, Barcelona, 1983.

³¹ Noel Salomon, p. 330, art. cit.

autor sobre el contenido de «la permanencia del amor a los otros» en Vallejo (más allá del cristianismo y del marxismo) que da «*unidad*» a su obra. Creemos que tal como formula las cosas Salomon, más que las antropologías que laten detrás del amor formulado por Vallejo, lo específicamente importante parece ser el valor que adquiere el propio amor. Sobre todo a la luz de «Masa».

La urgente necesidad de solidaridad por la Vida proclamada poéticamente por Vallejo en «Masa» es algo tematizado y vivido con frecuencia hoy por la TL. Especialmente porque ésta ha terminado por percibir que es un valor medular en el Evangelio, cuya función práctica anticipa lo que es liberación en los hombres. Esta solidaridad brota con mayor fuerza en los pobres pues ellos son los principalmente amenazados ayer y hoy —no por defender una República en guerra como quizá pensara Vallejo redactando *EAC*— sino por el «execrable sistema» mencionado en *Poemas Humanos* que los excluye y los mata. Los excluye cuando quieren participar en la vida nacional, impidiendo el desarrollo y la consolidación de sus propios intereses padeciendo «hambres». Y los mata cuando el cristianismo encarnado en los pobres de Latinoamérica promueve la justicia demandada por la propia fe. De aquí la riqueza humana, histórica, teológica de iglesias cristianas por proteger la Vida luchando contra la iniquidad y la muerte. En este sentido son ilustrativas las palabras de monseñor Oscar Romero, arzobispo de El Salvador, dichas un mes antes de morir asesinado en marzo de 1980:

Como en otros lugares de América Latina, después de muchos años y quizá siglos han resonado entre nosotros las palabras de *Exodo*: «He oído el clamor de mi pueblo, he visto la opresión con que lo oprimen» (*Ex.* 3, 9). Estas palabras de la Escritura nos han dado nuevos ojos para ver lo que siempre ha estado entre nosotros, pero tantas veces oculto, aun para la mirada de la misma Iglesia... La Iglesia no sólo se ha encarnado en el mundo de los pobres y les da una esperanza, sino que se ha comprometido firmemente en su defensa. Las mayorías pobres de nuestro país son oprimidas y reprimidas cotidianamente por las estructuras económicas y políticas de nuestro país. Entre nosotros siguen siendo verdad las terribles palabras de los profetas de Israel. Existen entre nosotros los que venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; los que amontonan violencia y despojo en sus palacios; los que aplastan a los pobres; los que hacen que se acerque un reino de violencia, acostados en cama de marfil; los que juntan casa con casa y anexionan campo a campo hasta ocupar todo el sitio y quedarse solos en el país. Estos textos de los profetas Amós e Isaías no son voces lejanas que leemos reverentemente en la liturgia. Son realidades cotidianas, cuya crueldad e intensidad vivimos a diario.³²

En «Masa» la solidaridad humana frente a este proceso letal cumple un papel que permite recuperar la Vida. Sólo el amor por ésta reúne a «todos los hombres de la tierra» en concordia que esperan del revivido la felicidad de compartir con ellos el triunfo sobre la muerte.

Conclusión y perspectivas

Liberación, pobres, teología, solidaridad son nociones que se amalgaman gracias a la fe que brota del cristianismo en América Latina. Se establece con ellas, si están presentes en el arte, en el pensamiento, en la Iglesia, un paradigma que despierta esperan-

³² Oscar Romero, «La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres», *Revista de Educación para América Latina*, 4 (1980), pp. 50-51.

zas pues con esas voces se toca el contenido de la Vida. En realidad con ellas en el fondo se describe la Vida y a la vez se comprende qué es lo que ella demanda.

Conocer el sentido de este criterio respecto a lo humano se facilita con la poesía, por el peso y el valor de los símbolos, y en este aspecto Vallejo no es irrelevante. Al contrario: si los pobres están en su poética y la solidaridad late entre verso y verso, entre poema y poema, hay esbozos que perfilan integralmente la Vida y, en esto, ansias de liberación y ruptura con la muerte.

Aunque invadida la existencia de dolor, existe en la poesía de Vallejo la esperanza en la solidaridad y en el amor. Este emerge por la interpelación que provoca la Vida —la alegría, el pan, la madre, la justicia— englobando todo ello un interés por lo humano. Así es posible percibir en su poética el carácter soteriológico (salvador-liberador) que tiene después de todo (es decir, después de la tristeza, la amargura y el dolor) la esperanza en sus versos, pero no porque en ella descansa un mesías garantizando el sentido de lo religioso en el mundo. Más bien esa esperanza adquiere consistencia terrestre —aunque observamos que lo terrenal no es sólo lo telúrico— gracias a la preocupación por la solidaridad y los pobres para afirmar la Vida y mantener el Amor.

La solidaridad no queda reducida a un gesto individual; ésta es proclamada por César Vallejo a toda la humanidad como un valor siempre latente, diseñándose así la utopía de un mundo más justo. Y en esto no es indiferente el papel de la fe (no la que podría tener Vallejo, sino la que es interpelada por su poesía). Sin embargo es con esa proclamación poética orientada al sufrimiento de los pobres con que adquiere sentido la solidaridad pues ellos en definitiva son portadores de esperanza para transformar las cosas. Lo dice no sólo la teología de la liberación latinoamericana. Es algo que sospecha también Vallejo —a través de la pobreza y el dolor humano— al anhelar la densidad de la VIDA:

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde
de una mañana eterna, desayunados todos.
Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde
yo nunca dije que me trajeran.

Mario Boero